

SOBRE LA PICARESCA

Tengo muy serias dudas, tal vez poco científicas, de que algo surja por puro azar, por simple accidente - fortuito, por una combinación casual de diversos elementos en determinadas condiciones, como se afirma que nació la vida. Sin discutir que los hechos pudieran haber ocurrido así, porque no me considero capacitado para negarlo, pienso que las circunstancias propiciatorias de todo fenómeno tienen una causa, motivo o ley que fuerza a los resultados que se nos aparecen.

Y viene esta digresión a cuento, porque creo que la invención del género picaresco en nuestra literatura, no se debió a una más vivaz inteligencia, ni a mayor capacidad creadora, ni a simple suerte, sino a situaciones específicas de la sociedad en aquella época y al carácter del español.

La novela picaresca se inicia con el anónimo Lazarillo de Tormes, sigue con el Guzman de Alfarache y culmina con la Vida del Buscón, sin menospreciar otras obras como Rinconete y Cortadillo, de Cervantes.

Pero, ¿ qué diferenciado o insólito espécimen humano es el pícaro? Lázaro, Guzman, Rinconete o Pablos, por ceñirnos sólo a una muestra, representan a unos pobres diablos, olvidados de la fortuna, perseguidos por el hambre, vapuleados por la vida, que se ven obligados a aguzar el ingenio y desarrollar habilidades y artificios para el engaño, el hurto, el fraude y la burla, como medios para sobrevivir. Sus aventuras, contrariamente a lo que pudiera esperarse, son una continua serie de fracasos y padecimientos, que no aciertan a esquivar con las picardías, jugarretas, pillerías y truhanadas. La forma de vida de entonces genera esta clase de seres marginados y marginales.

Quevedo, como no podía ser menos, realiza en el Buscón Don Pablos, con trazos magistrales, un retrato

satírico y despiadado de la época; su aguda percepción de la realidad más oculta y su inteligente y hábil facilidad para pintarla de forma descarnada, con todas sus sombras, suciedades, perversiones, crueldades, amarguras y miserias, hacen que el cuadro nos descubra, con sorpresa, una sociedad que jamás, a través de la historia oficial y convencional, hubiéramos intuido.

Decía al principio que resulta sintomática la aparición de este género. Y los síntomas que refleja son los de un país en decadencia, después de haber alcanzado su cénit y gastado sus mejores energías en la utopía política de un imperio imposible; y en la defensa de ideas que estaba perdiendo, con evidente aceleración, vigencia. Las posibilidades ofrecidas por el descubrimiento de América y las riquezas de allí importadas, que pudieron emplearse para renovar el esquilmado y agotado pueblo, sirvieron para enriquecer a mercaderes y prestamistas europeos, que sí acertaron a iniciar la larga etapa que los conduciría, con ventajas, al cambio sociológico provocado por la Revolución Agraria y, más tarde, por la Industrial.

España desaprovechó sus oportunidades y agravó su estado, impidiendo la entrada de nuevos aires que obligaran a enfocar la atención y a dirigir el esfuerzo de acuerdo con una distinta concepción del mundo, del trabajo, de la ciencia.

El espíritu crítico de Quevedo que veía, aunque no con nuestra perspectiva, la situación moral, el malestar, la falta de ilusión reinantes, nos ofrece, como en un espejo, un mundo decadente, vacuo, miserable, dónde como un cancer proliferan las innobles apetencias, la desgana, el afán de medrar a cualquier precio como único objetivo vital, pese a las bajezas inconfesables o torpezas que para ello fuera necesario realizar.

Ya Cervantes, también, como espíritu superior, intuye estos hechos, pero no posee el escalpelo de la sátira inmisericorde y cruel, como Quevedo, para la denuncia. Rinconete y Cortadillo forman una es--

tampa sin acritud de la típica hamponeria; más, dentro de sus vilezas, desprendén una cierta dignidad y sentido de la justicia. El patio de Monipodio era como una Cofradía de mutua ayuda y Tribunal con extraño e - insólito código moral y justiciero.

La mejor crítica, con nobleza y amor, como correspondía a un gran hombre de humanidad ejemplar y excelsa, la hace en el Quijote, que es el reverso, la antítesis del pícaro. Su visión de un mundo sin injusticias, sus descabelladas aventuras, sus esfuerzos siempre vanos y siempre frustrados, fustigan, aunque triste y desilusionadamente, una forma de existencia con la que Cervantes no estaba conforme y de la que no esperaba otra cosa que golpes bajos y ruindades. Al ridiculizar a su héroe -el paradigma más alto de la virtud y de la generosidad - ataca a un mundo que no comprende ni la bondad, ni el amor, ni la justicia.

Pero, después de todo, aunque los eternos enemigos del Caballero de la Triste Figura le transformaran los gigantes en molinos, y sus hazañas gloriosas en sainetes, con la aviesa intención de neutralizar o disminuir su grandeza; aunque los desagradecidos y villanos liberados pagaran con pedradas la valiente heroicidad de desatarles las cadenas; aunque la humanidad entera se riera de su sublime locura, nadie consiguió nunca vencerlo, porque no se puede vencer, ni destruir, ni desterrar, lo noble, lo generoso, lo justo y lo digno, por mucha magia y maldad que se ponga en el empeño.